

AperTO - Archivio Istituzionale Open Access dell'Università di Torino

Semiótica de la burocracia

This is a pre print version of the following article:

Original Citation:

Availability:

This version is available <http://hdl.handle.net/2318/1522814> since 2020-04-03T15:42:26Z

Terms of use:

Open Access

Anyone can freely access the full text of works made available as "Open Access". Works made available under a Creative Commons license can be used according to the terms and conditions of said license. Use of all other works requires consent of the right holder (author or publisher) if not exempted from copyright protection by the applicable law.

(Article begins on next page)

Semiótica de la burocracia.

Massimo Leone

Resumen en español.

La semiótica nos enseña que la transparencia no es un dato objetivo de la visión y del conocimiento, sino una modalidad de lo que Greimas definía “el actante observador”. El artículo intenta demostrar que si este actante transparente no se configura en actores concretos, y permanece como evocación de una instancia abstracta de la visión, el discurso de la transparencia puede dar lugar, demagógicamente, a una especie de voyerismo generalizado, donde la ausencia de todo obstáculo o filtro de las miradas se transforma al revés en una retórica para establecer nuevas y incluso más subrepticias relaciones de explotación. La transparencia supuestamente absoluta da lugar a una sospecha sistemática, hasta la parálisis de la comunidad y la dictadura de los que gestionan los mecanismos de la burocracia digital.

Palabras clave.

Burocracia; transparencia; semiótica; retórica; poder

Resumen en inglés.

Semiotics points out that transparency is not an objective element of vision and knowledge, but a modality of that which Greimas would define as “the observing actant”. The essay seeks to demonstrate that if this transparent actant is not embodied by concrete actors, and remains evocation of an abstract instance of vision, the discourse of transparency can give rise, demagogically, to a sort of generalized voyeurism, wherein the absence of any obstacle or filter to gazes turns, on the contrary, into a rhetoric that establishes new and even more surreptitious relations of exploitation. Supposedly absolute transparency brings about systematic suspect, the paralysis of community, and the dictatorship by those who manage the mechanisms of digital bureaucracy.

Palabras clave en inglés.

Bureaucracy; transparency; semiotics; rhetoric; power

Introducción.

Las formas complejas de vida social no podrían existir sin modelos y dinámicas de organización. En comunidades de gran tamaño y variedad, esta organización tiene que volverse, por lo menos en una cierta medida, automática. La administración es el resultado inevitable del automatismo social. Las instancias administrativas son indispensables para el desarrollo de las acciones sociales en comunidades complejas, y sin embargo son percibidas como un dolor necesario, como burocracia. Frente a la administración anónima del estado, el individuo libre no puede no sentirse amenazado en su especificidad existencial. Uno de las cuestiones más urgentes en las sociedades occidentales actuales surge de la potenciación exponencial de la administración gracias a las nuevas tecnologías digitales. Los individuos se vuelven no solo números, como en la burocracia del siglo XX, sino también fragmentos de ‘big data’. La burocracia digital da lugar a una antropología compleja de la administración, que incluye la exaltación frente a las nuevas posibilidades organizativas de las máquinas digitales, pero también el pensamiento demagógico de una comunidad transparente, donde las acciones de todos estén perennemente bajo el control de los demás. Para comprender las paradojas y los riesgos de este nuevo imaginario, el ensayo se propone de estudiar la burocracia contemporánea como una forma de lenguaje.

1. La burocracia como lenguaje.

Muchos historiadores de la burocracia hacen empezar su desarrollo con la invención misma de la escritura, o más precisamente con su uso administrativo (Li 2008; Armoni 2012; Moreno García

2013). Solamente con el nacimiento de una técnica capaz de transformar los hechos y las relaciones sociales en huellas permanentes evoluciona, al mismo tiempo, un aparato de personas, oficios, lugares y sobre todo formas de lenguaje cuya finalidad última es de gestionar de manera minuciosa la distribución del poder y de la agentividad¹ a través de las jerarquías y las desigualdades que componen la estructura social de un pueblo. Los teóricos de la burocracia, incluso los que, como Weber, han intentado justificar su función en una colectividad, implícitamente o explícitamente han subrayado que, en una sociedad edénica, donde haya una distribución perfectamente homogénea del poder, no habría justificación ninguna para la presencia de un cuerpo separado de personas e instituciones burocráticas cuya única función sería de abrir o cerrar las puertas de las potencialidades (Weber 1925). Naturalmente, una sociedad que pueda existir sin burocracia tendría que ser una en la que no solamente las potencialidades políticas se distribuyen de manera uniforme, sino también las posibilidades de comunicación. Desde un punto de vista semiótico, en efecto, la burocracia no es otra cosa que un marco de significación, un formato de comunicación donde la multiplicidad infinita de los deseos y de las necesidades de los ciudadanos recibe una configuración ordenada, y se convierte en una matriz predeterminada de huellas, signos, y textos (Hull 2012). La burocracia es por lo tanto un lenguaje, y le compete entonces a los semióticos estudiar la manera en la que sus conformaciones nacen, se desarrollan, se transforman, significan una concepción del poder y de su distribución, influyen pragmáticamente sobre las acciones de individuos y grupos, y sobre todo, según la lección de Jurij M. Lotman, encarnan y expresan al mismo tiempo un texto de la cultura, la postura de una semiósfera hacia el marco en el que interactúan las acciones comunicativas de los miembros de una sociedad (Lotman 1996-2000).

Se encuentran referencias a un estudio semiótico de la burocracia como elemento de una semiósfera en varios escritos de Lotman, pero las más significativas se leen en su magistral análisis de la actitud social de los *decabristas* (Lotman 1960). Para estos miembros muy particulares de la sociedad rusa, nos cuenta Lotman en uno de sus ensayos más conocidos, el lenguaje se volvía burocrático en el sentido que tomaba rasgos que le atribuían un carácter de obscuridad y de misterio, comparable, continua Lotman, con el lenguaje de los sacerdotes. Como los sacerdotes pueden con construcciones semio-lingüísticas apropiadas conferirle una connotación sagrada a unos elementos de la realidad social, determinando así su pasaje de la esfera de la profanidad a la del culto (Leone 2012), en el mismo modo los decabristas podían, por el uso de un lenguaje igualmente esotérico, otorgarle nobleza a lo que, en su marco social, se consideraba como “bajo” y vulgar. Por ejemplo, nos dice Lotman que el lenguaje burocrático de los decabristas rusos utilizaba la expresión “corderito encartado” para designar un soborno, y que eufemísticamente decía “aquí hace falta un informe” en el sentido de “hay que aumentar el importe del soborno” (Lotman 2006: 2000). Además, en el léxico de los burócratas rusos recibían un sentido peculiar incluso verbos tan comunes como “dar” y “tomar”. En el coro de los funcionarios imaginado por Vasily Kapnist² y analizado por Lotman, los burócratas cantan:

Toma, no hace falta mucho para hacerlo; / Toma todo lo que se puede. / Para qué nos dieron las manos / Si no para tomar?³

El sentido de este “tomar” es bastante claro. Pero incluso in situaciones más triviales el lenguaje de los decabristas se hacía sibilino, como a subrayar que había una frontera semiótica, y por lo tanto un confín de poder, entre los que manejaban este idioma secreto y los que, al revés, no habían sido iniciados a su decodificación. Cuando un capo-oficina decabrista tenía que firmar las hojas matriculares del personal y aponer las calificaciones de “idóneo” o “mereciente”, siempre le daba el deseo de añadir “idóneo para cualquiera porquería”, y “mereciente todo menosprecio” (ibídem: 201). El lenguaje burocrático, comenta Lotman, “se transformaba así en lengua esotérica, parecida a la sacerdotal e iniciática. Se exigía del público no solamente el respecto de una praxis (la entrega del soborno), sino también la capacidad de decodificar los enigmas que construían la jerga

¹ Del inglés “agency”: la capacidad de actuar en el mundo.

² Poltava, Ucrania, 23 febrero 1758 – 9 noviembre 1823.

³ “Beri, bol’s’oj tut net nauki; / Beri c’to tol’ko moz’no vzjat’. / Na c’to z’ prives’eny nam ruki, / Kak ne na to, c’tob brat’?” (Kapnist 1960, p. 358, trad. Italiana in Lotman 2006: 200)

de los funcionarios” (ibidem). Lotman propone como ejemplo el dialogo entre Varravin y Muromskij en *Delo* [El negocio] de Aleksandr Suchovo-Kobylin⁴, y sobre todo este pasaje sumamente irónico de Anton Chéjov: “Danos, querido, una media raridad y veinte-cuatro placeres. Poco después el camarero trajo una bandeja con media botella de vodka y algunos platos de tapas variadas – Aquí los tiene, hermoso, le dijo Počatkin – danos una porción de la maestra de calumnia y maldecir con purea de patatas” (Chéjov 1962: 506).

Los textos satíricos elegidos por Lotman ironizan sobre los excesos lingüísticos de la burocracia decabrista rusa, corrupta y prevaricadora. Sin embargo, por el medio de la parodia, estos textos subrayan un elemento que existe en todo lenguaje burocrático, aunque no siempre con los mismos excesos, un elemento que a Lotman seguramente le interesaba no solo desde el punto de vista de una visión crítica de la historia de la burocracia rusa, sino también desde la perspectiva de una semiótica cultural de los sistemas sociales de significación.

2. La burocracia como traducción.

La burocracia, en la pequeña antología compuesta por el semiólogo ruso como en casi todas las realidades administrativas, funciona como un mecanismo de traducción. Los que trabajan como burócratas en las oficinas de todo el mundo no detienen un poder propio, que puedan otorgar o negar a un postulante el cual quiera utilizar ese poder para lograr un impacto sobre su situación social. No es el burócrata que nos atribuye o nos veda un permiso de construcción. Al revés, el lenguaje burocrático funciona como un filtro de mediación semio-lingüística entre los sujetos disjuntos de la agentividad social, los cuales quieren apropiarse de ella para lograr un efecto en la colectividad, y las fuentes de esta agentividad, los lugares abstractos donde este objeto del deseo se esconde y se custodia.

En este sentido la comparación que Lotman propone entre el lenguaje burocrático y el sacerdotal es de las más esclarecedoras: como el sacerdote filtra el deseo de transcendencia del creyente, permitiéndole un acceso siempre mediado a las supuestas fuentes de lo sagrado (Leone 2013), así el burócrata manipula una serie de signos para abrir y cerrar las fronteras simbólicas y pragmáticas que separan el postulante de su objeto del deseo. El sacerdote traduce la voz de la transcendencia para el creyente; el burócrata traduce la voz del poder para el ciudadano. La comparación puede parecer irreverente, pero sólo cuando se olvide que, en los sistemas sociales cuya complejidad jerárquica atañe niveles vertiginosos de impenetrabilidad, las fuentes sociales del poder se configuran para el ciudadano común como sumamente abstractas, casi transcendentales: no es claro quién, en este labirinto socio-económico, está controlando el destino de mi vida: las fuentes del poder que determinan mi felicidad o mi infelicidad, mi éxito o mi fracaso, son tan lejanas como una divinidad invisible.

Adoptando como modelo los estudios ejemplares de Neyla Pardo (Pardo Abril 2007), es interesante, de esta perspectiva, fijarse en la manera en la que el discurso social, alimentado por la retórica de los medios de comunicación, nos ha hablado de la crisis de los mercados financieros en los últimos años: “los mercados sufren”; “los mercados están irritables”; “los mercados regocijan sobre las medidas de austeridad”: como si detrás de estos mercados no hubiera una agentividad personal, sino una intencionalidad abstracta, una especie de divinidad imperscrutable cuyo humor determina los destinos humanos y, sin embargo, permanece incognoscible. Por consiguiente, los economistas y su lenguaje se han vuelto los arúspices temblantes de los signos ambiguos emanados por la divinidad financiera, una divinidad que, como la de las religiones antiguas, les pide “sacrificios” a los ciudadanos sin explicarles detenidamente porqué.

Cuando las fuentes del poder social se vuelven transcendentales, la burocracia se expresa como casta sacerdotal que le permite al ciudadano entrever la divinidad administrativa por un laberinto de rituales. Como los rituales religiosos, así los rituales burocráticos se observan sin una racionalidad pragmática, sino según una lógica que se acerca mucho más a la del pensamiento mágico. Un ejemplo muy claro de esta dinámica del sentido es la manera en la que se está desarrollando la burocracia en muchas de las universidades de Europa, y sobre todo en las de los países más afectados por la crisis económica.

⁴ Mosca, 29 septiembre 1817 – 24 septiembre 1903, Beaulieu-sur-Mer, Francia.

3. Traducción y traición, ayudantes y oponentes.

En una lógica racional, la burocracia universitaria tendría que funcionar como filtro entre los deseos de acción de estudiantes, investigadores, y profesores — quienes son, cabe explicitarlo, los verdaderos protagonistas del mundo universitario — y las fuentes del poder académico, o sea las instancias decisionales que distribuyen poder económico y simbólico al interior de la institución. Estudiantes que quieren una nueva sección en la biblioteca universitaria; investigadores que desean subir de nivel en la jerarquía académica; profesores que piden recursos para sus proyectos de investigación y publicación: todos estos sujetos se encuentran normalmente disjuntos del poder académico capaz de otorgarles sus objetos del deseo, y la burocracia les propone un formato y unas modalidades de traducción para comunicar con las instancias de las decisiones y las fuentes del poder. Rellenar un modelo de pedida de recursos; preparar una solicitud para una posición académica; presentar sus logros de investigación a través de un formulario: todos estos actos son procedimientos de traducción cuya racionalidad es de permitir o facilitar una comunicación ordenada entre quienes no detienen el poder y lo desean y quienes lo detienen y necesitan informaciones para distribuirlo. Desde el punto de vista de una semiótica de los programas narrativos, los burócratas se configuran entonces como ayudantes (Greimas y Courtés 1982), o sea como actores que, con la variedad de sus signos, encarnan un proceso de modalización del sujeto: el burócrata, en una sociedad funcional, es él que facilita un acceso ordenado del ciudadano al poder.

Sin embargo, la semiótica nos explica que hay diferentes procedimientos de traducción. Si por un lado, como escribe Eco en uno de sus ensayos, la traducción siempre logra decir “casi” lo mismo del original (Eco 2008), existen por otro lado varios niveles de aproximación. Hay el traductor benjaminiano que, frente al texto poético original, logra enriquecerlo por medio del proceso mismo de traducción (Benjamin 1971); y hay *Google translator*, en el que el procedimiento de traducción pierde su humanidad y se vuelve acto mecánico. Del mismo modo, hay una burocracia que consigue conferir una forma inteligible a los deseos y a las necesidades del ciudadano; y hay una burocracia que, como *Google translator*, aplica mecánicamente unos formatos de transformación. Frente a este segundo tipo de burocracia, el ciudadano se siente traicionado como el poeta que fuera traducido por *Google translator*: ¿Cómo pueden los matices infinitos del deseo conformarse a modelos tan rígidos, toda la variedad de las necesidades humanas encasillarse en un formulario?

En una cierta medida, es fisiológico que, como toda traducción es un poco traición, así el lenguaje de la burocracia abastezca una representación deformada de la realidad social que traduce. Hay sin embargo formas patológicas de esta comprensión de la realidad en formularios, formas las cuales no son inocentes sino significan un sistema sociocultural preciso. Kafka en *El Proceso* y otras novelas nos ha dejado una evocación muy potente de lo en que se vuelve la burocracia cuando, en vez de poner en comunicación ordenada el ciudadano con el poder, se transforma de filtro de los deseos en barrera insuperable que los separa de su actuación. En el marco del programa narrativo clásico de la semiótica estructural, la burocracia cambia de signo, se transforma de ayudante en oponente, no ordena las formas de acceso al poder sino se vuelve ella misma poder, traducción mecánica que violenta las agentividades de los ciudadanos.

Hay un cortometraje muy gustoso que representa de manera eficaz la transformación de la burocracia de ayudante en oponente (IMAGEN 1). El cortometraje se titula *036* y a sido filmado en 2011 por Esteban Roel y Juan Fernando Andrés Parrilla.



Figura 1: fotograma del cortometraje 036

Este cortometraje funciona semióticamente muy bien porque traduce en forma narrativa y audiovisual algunos de los rasgos principales de la burocracia clásica y de su funcionamiento semiótico. El cuento fílmico se desarrolla alrededor de una pareja de protagonistas, el burócrata y la joven que quiere darse de alta en un registro de impresas. La película los dibuja de manera que hasta sus cuerpos y maneras de hablar encarnen una oposición radical entre un ciudadano frágil, joven, mujer, respetoso de las reglas sociales, y un burócrata grosero, maduro, hombre, caracterizado por un ademán de los más agresivos. Esa burocracia que tendría que ayudar al ciudadano a acceder a las fuentes de poder de la colectividad se vuelve antagonista. El rasgo genial de la película es que este antagonismo sea evocado por la intertextualidad con el género western, como si la relación entre burócrata y ciudadano fuera un duelo en el que la figura para excelencia de la lucha entre gauchos, la pistola, se transforma en una grapadora.

Pero esta película es aún más sutil, y hasta revolucionaria, en sus conclusiones. Nos muestra un ciudadano que, en vez de tolerar las prepotencias de una burocracia hostil, toma posesión directa de los instrumentos burocráticos, respeta todas las normas pero al final se apropia corajosamente del sello que encarna el poder de mediación de la burocracia. El final del cortometraje sugiere entonces lo que podría ser la solución del problema de un lenguaje burocrático que se haya transformado en lenguaje sacerdotal, de una instancia racional de mediación entre deseo y poder que se haya vuelto ella misma poder mágico, el problema de una traducción donde procedimientos mecánicos introducen la arbitrariedad de la corrupción ahí donde tendría que haber una traducción lotmaniana entre jerarquías institucionales (Lotman 1996-2000). Esta solución coincide con la eliminación de la burocracia, con la institución de una transparencia ideal donde todo lenguaje de mediación desaparezca, substituido por una especie de idioma angélico, capaz de asegurar una comunicación directa entre ciudadanos e instituciones.

4. Burocracia y digitalización.

Como se ha indicado al principio del ensayo, la creación de los aparatos de la burocracia solo se puede entender en relación con los desarrollos tecnológicos que permitieron la construcción de esta instancia de mediación, de unos procedimientos profesionales para canalizar la comunicación entre ciudadanos y poder. Este desarrollo tecnológico consistió, en la prehistoria de la idea de estado, en la invención y propagación de la escritura. En civilizaciones orales la burocracia no puede existir porque necesita una memoria impersonal y permanente del deseo; necesita en otras palabras la constitución de un archivo. A partir de las primeras civilizaciones de la escritura, la comunicación con el poder fue mediada por la figura del archivo, donde las expresiones de los deseos individuales podían traducirse y depositarse en forma ordenada y conmensurable.

Otro desarrollo tecnológico, la digitalización del significante de la escritura, promete ahora dar lugar a lo que la invención de la prensa a caracteres móviles produjo al principio de la modernidad: un proceso de reforma en el que se revolucionan los flujos habituales de la comunicación y del poder. Antes de Lutero, la Iglesia católica funcionaba como una poderosa, y sumamente rentable,

maquina sacerdotal-burocrática, capaz de traducir, ordenar, y canalizar los deseos de trascendencia y de sagrado de los fieles. Una pirámide muy articulada de niveles y funciones jerárquicos recibía la expresión de las preocupaciones espirituales y materiales de los fieles, las estructuraba en el marco de la burocracia litúrgica, y regulaba así el acceso a la trascendencia. Sin embargo, como el burócrata del cortometraje, así también los burócratas sacerdotales se volvían a veces un poder autónomo y caprichoso, un oponente en vez que un ayudante, con fenómenos de corrupción que culminaron en la práctica de la venta de las indulgencias (Leone 2010).

Según esta interpretación, lo que propuso Lutero fue esencialmente eliminar la mediación burocrática de la iglesia e imaginar una comunicación sin filtros entre los fieles y la trascendencia. La difusión de libros religiosos en lenguas vulgares impulsada por la invención de la prensa moderna fue el desarrollo tecnológico esencial que permitió el pasaje de la burocracia religiosa antigua a la de la modernidad (Yelle 2013). En otro pasaje, él entre el siglo veinte y el siglo veintuno, se cumplió un desarrollo tecnológico comparable, que abre el camino a una revolución socio-cultural parecida a la de la Reforma protestante. Si la invención de la prensa permitió la difusión planetaria de la escritura, y por lo tanto del soporte semiótico indispensable para las practicas de interpretación religiosa, la invención de internet esta permitiendo más y más la difusión planetaria de los archivos, y por lo tanto del soporte semiótico indispensable para las practicas de decisión social.

En la sociología weberiana la burocracia juega un papel positivo en el funcionamiento del estado ya que el burócrata desarrolla de manera profesional un servicio de composición de las instancias sociales de acceso al poder. Adoptando una metáfora viaria, se podría decir que el burócrata es una especie de semáforo, el cual les permite a los ciudadanos y más en general al sistema viario coordinar de manera rápida y funcional las intenciones de automovilistas y peatones, consiguiendo una fluidez de coordinación que los individuos no podrían lograr singularmente en cuanto siempre les faltaría una visión global de las intenciones y de los acontecimientos. ¿Qué ocurre sin embargo en una encrucijada donde todos los interesados, los automovilistas y los peatones, puedan tener acceso directo a todas las intenciones y acciones de los otros, como si fueran capaces de hablar y escuchar el lenguaje de los ángeles? Pues bien, la digitalización de los archivos y su disponibilidad sincrónica por medio de internet promete ahora de crear una situación muy parecida, en la que cada ciudadano tenga un acceso potencial a todas las informaciones necesarias a gestionar colectivamente el poder.

Dos de los fenómenos más interesantes de la escena política internacional surgen de este proyecto. El primero, conocido globalmente, es el fenómeno de Wikileaks, sobre el que semióticos como Paolo Fabbri y Jorge Lozano han reflexionado mucho en los últimos años (Lozano 2013). El segundo es un fenómeno más local y sin embargo con difusión potencialmente planetaria: la creación de movimientos políticos que, como los exitosos Cinco Estrellas en Italia, se plantean el objetivo de reducir el tamaño y la importancia de la burocracia política, incluso la de parlamentos y gobiernos, para sustituirla con una gestión del poder directa, garantizada por la digitalización de huellas y archivos de intenciones y acciones ofrecida por Internet especialmente en sus versiones 2.0 y más.

5. La burocracia internacional y Wikileaks.

El fenómeno Wikileaks se ha identificado con una retórica en la que la diplomacia internacional ha sido representada como una burocracia mecánica y hasta corrupta, la cual en vez de facilitar la resolución de tensiones y conflictos entre agentividades internacionales utiliza un lenguaje secreto, no muy diferente del de los decabristas rusos, para servir de manera oculta los intereses de algunas concentraciones internacionales de poder. Los ciudadanos de los varios países creían que su burocracia diplomática representase sus intereses traduciéndolos en formas apropiadas en las relaciones internacionales, pero se han dado cuenta, gracias a las revelaciones de Wikileaks, que todo lo peor que se presumía sobre el funcionamiento de estas instancias de mediación diplomática era la verdad, o que la realidad era incluso más triste de lo que se sospechaba.

La desconfianza, y hasta el menosprecio popular hasta la burocracia tiene una historia muy larga; la palabra “burócrata” nació con una connotación derogatoria y sigue teniéndola a pesar de la tentativa de rehabilitación de Weber (Albrow 1970). La reputación de la burocracia de alto nivel,

de la que gestiona el coordinamiento no de los deseos de poderes locales, sino de los internacionales, tampoco ha sido nunca muy positiva.

En la *Recherche* Proust describe los vicios de los burócratas de la diplomacia a través del retrato del amante de Madame de Villeparisis, o sea el Marqués de Norpois, ex-embajador (Daudet 1928). Proust le atribuye a “*la carrière*” [“la carrera”], que en francés es por antonomasia la carrera diplomática, una tendencia a forjar los ánimos de manera conservadora:

Pero, por lo que concierne Norpois, había sobre todo el hecho que, en una larga práctica de la diplomacia, se había imbuido de ese espíritu negativo, habitual, conservador, dicho “espíritu de gobierno” que es, en efecto, característico de todos los gobiernos y, en particular, en todos los gobiernos, de las cancillerías. Norpois había attingido de la “carrera” la aversión, el temor y el menosprecio de esos métodos más o menos revolucionarios, y más o menos incorrectos, que son los métodos de las oposiciones⁵.

El yo-narrante de Proust opina además que el ejercicio profesional de la diplomacia produce una deformación no solamente en la actitud política, sino también, como sugiere Lotman, en la lingüística. Con su sensibilidad morbosa Proust vuelve a relevar estas anomalías en el elocquio del Marqués de Norpois:

Avaro de palabras no solamente por un hábito profesional de prudencia y discreción, sino también porque las palabras tienen un precio mayor, ofrecen más matices a los ojos de hombres cuyos esfuerzos de diez años para acercar dos países se traduzcan —en un discurso, en un protocolo— en un sencillo adjetivo, aparentemente común, pero donde ellos ven todo un mundo, Norpois tenía la reputación de ser un hombre muy frío, en la Comisión donde él se sentaba a lado de mi padre, y donde todos se felicitaban con este por la amistad que le demostraba el ex-embajador⁶.

Es interesante comparar esta avaricia lingüística del diplomático por un lado con el lenguaje secreto analizado por Lotman, por otro lado con la logorrea que, al revés, caracteriza la retórica de Wikileaks. En general, la imagen que Proust nos deja de la diplomacia, en el siglo en el que se construyó como aparato burocrático internacional, no es de las mejores. El Marqués de Norpois en la *Recherche* siempre aparece bajo una luz irónica, hasta ridícula, por ejemplo cuando Bloch le consulta sobre el affaire Dreyfus sin obtener ninguna opinión, sino solamente circunlocuciones ambiguas (en *Du côté de Guermantes*); o cuando el narrador vuelve a encontrarlo envejecido, a Venecia, con Madame de Villeparisis, esforzándose obstinadamente y patéticamente de controlar su situación y clamorosamente incapaz de lograrlo; o (en *Le temps retrouvé*) cuando, durante la guerra, es víctima de los insultos de Charlus y de los amigos de Caillaux. Sin embargo, es sobre todo el juicio del narrador a condenar este personaje, y su categoría humana:

“Dios mío”, dijo Norpois (inspirándome sobre su inteligencia dudas más graves de las que normalmente me torturaban, cuando vi que lo que yo ponía mil y mil veces encima de mi

⁵ “Mais en ce qui concernait M. de Norpois, il y avait surtout que, dans une longue pratique de la diplomatie, il s’était imbu de cet esprit négatif, routinier, conservateur, dit « esprit de gouvernement » et qui est, en effet, celui de tous les gouvernements et, en particulier, sous tous les gouvernements, l’esprit des chancelleries. Il avait puisé dans la carrière l’aversion, la crainte et le mépris de ces procédés plus ou moins révolutionnaires, et à tout le moins incorrects, que sont les procédés des oppositions”, *À l’ombre des jeunes filles en fleurs*, primera parte, ed. Gallimard, III, 14 (se ofrece aquí la traducción en castellano del autor, que no pudo encontrar en sus bibliotecas la excelente traducción de Pedro Salinas).

⁶ “Avar de ses mots non seulement par pli professionnel de prudence et de réserve, mais aussi parce qu’ils ont plus de prix, offrent plus de nuances aux yeux d’hommes dont les efforts de dix années pour rapprocher deux pays se résumant, se traduisent – dans un discours, dans un protocole – par un simple adjectif, banal en apparence, mais où ils voient tout un monde. M. de Norpois passait pour très froid, à la Commission, où il siégeait à côté de mon père, et où chacun félicitait celui-ci de l’amitié que lui témoignait l’ancien ambassadeur”; *ibidem*, p. 15.

mismo, lo que para mi era lo más elevado en el mundo, se situaba para él en el último escalón de la escala de la admiración), “yo no comparto esta manera de ver”⁷.

Proust no ha sido el solo hombre de letras a desconfiar de la diplomacia y de su estilo, como si el lenguaje de las burocracias, él de las cancillerías locales como él de las relaciones internacionales, fuera antropológicamente contradictorio al lenguaje de la literatura, a su misión imposible de traducir, sin traicionarla nunca, la complejidad de las relaciones humanas. Stefan Zweig escribió palabras causticas sobre los embajadores; pero es sobre todo en una frase de Ortega y Gasset que los burócratas internacionales reciben la evaluación más feroz: “Estos hombres *de la carrière* son el universal casi. Son casi elegantes, casi aristócratas, casi funcionarios, casi inteligentes y casi donjuanes. Pero el casi es el vocablo de la ausencia” (Baladiez 1960).

En el juicio de filósofo español, el adverbio “casi” se vuelve símbolo del lenguaje burocrático de la diplomacia internacional, de su consustancial ineptitud a traducir el real con la palabra límpida de los poetas o de los filósofos. Sin embargo, ya se ha subrayado por la referencia a Umberto Eco que “casi” también es el adverbio de la traducción; sin la aproximación de este “casi” no hubiera burocracia, no hubiera diplomacia, pero hace falta preguntarse si incluso podría haber democracia, en los contextos nacionales así como en las relaciones internacionales. Como la burocracia, así la diplomacia ha recibido una connotación más y más negativa, sobre todo después de los hechos de Wikileaks, porque ambas hablan un lenguaje intersticial, cuya función primaria es de recomponer deseos, intenciones, agentividades y acciones de sentido contradictorio. Como decía André Maurois⁸, la diplomacia es el arte de exponer la hostilidad con cortesía, la indiferencia con interés y la amistad con prudencia.

6. Axiología de la burocracia internacional.

Los análisis semióticos de Wikileaks que contraponen brutalmente su lenguaje al de la diplomacia oficial carecen sin embargo de perspectiva histórica. Un punto de vista diacrónico sobre el lenguaje diplomático, en efecto, muestra que en su interior se oponen desde siempre concepciones distintas, cuya contraposición Wikileaks y la “diplomacia digital” hacen estallar (Leone 2003). La palabra “*diplomatique*” se utiliza a partir del siglo diecisiete para designar no tanto la diplomacia internacional, sino la burocracia estatal. En esta palabra el concepto de secreto es fundamental desde principio: en su etimología se encuentra un vocablo ducto del griego antiguo, que se refería a todos los documentos que, por razón de su carácter secreto, hacía falta doblar. De hecho, el *De re diplomatica* de Jean Mabillon⁹, publicado en 1681, todavía no se refiere al estudio de la burocracia internacional, sino al de los documentos no conocidos de la historia. Solamente en 1787, in *The Annual Register*, Edmund Burke¹⁰ escribe a propósito de los “civil, diplomatic, and mercantile affairs” de la Europa del tiempo. Siempre Burke acusa la “diplomacia doble” de la Francia en sus *Letters on a Regicide Peace*, terminada en 1796, antes que este uso de la palabra se difundiera en toda Europa.

Esto sin embargo no implica que el lenguaje de la burocracia diplomática no existiera antes que su carácter secreto fuera representado por la palabra “*diplomatique*”. Al revés, ya en el *Príncipe* y en los *Discursos* de Machiavelli¹¹, y sobre todo en sus recomendaciones de 1522 a Raffaello Girolami, miembro de la legación florentina que visitó la corte del emperador Carlos V, se encuentra una representación de la diplomacia que es exactamente la misma contra la cual luchan actualmente Wikileaks y sus sostenedores: la obra de los embajadores, sugiere Machiavelli, es inseparable de la voluntad del príncipe e de los intereses del estado, los cuales junto tienen que sobrepasar la moral individual. Machiavelli hubiera podido escribir el discurso del establishment

⁷ “– Mon Dieu, dit M. de Norpois (qui m’inspira sur ma propre intelligence des doutes plus graves que ceux qui me déchiraient d’habitude, quand je vis que ce que je mettais mille et mille fois au-dessus de moi-même, ce que je trouvais de plus élevé au monde, était pour lui tout en bas de l’échelle de ses admirations), je ne partage pas cette manière de voir”, *ibidem*, p. 93.

⁸ Elbeuf, 26 julio 1885 - Neuilly-sur-Seine, 9 octubre 1967.

⁹ Saint-Pierremont, 23 noviembre 1632 - Saint-Germain-des-Prés, Paris, 27 diciembre 1707.

¹⁰ Dublín, 12 enero 1729 - Beaconsfield (Buckinghamshire), 9 julio 1797.

¹¹ Florencia, 3 mayo 1469 - 21 junio 1527.

estadounidense contra Snowden y Manning, nada hubiera cambiado: la diplomacia, así como la burocracia en el sentido decabrista, no tiene ningún objetivo específico, como por ejemplo el conseguimiento de la concordia con medios no violentos, sino se configura como instrumento de engaño. Se lean las palabras de Machiavelli sobre la conspiración: el embajador no tiene que hesitar a mentir cuando se trate de servir la razón de estado.

En las obras de Guicciardini, y especialmente en los *Ricordi* de 1530, también se antepone la razón de estado a la acción de la diplomacia, aunque se subraye más la autonomía del diplomático en relación a su príncipe. Ambos los pensadores italianos fueron profundamente influenciados por el contexto histórico-político de la Italia de entonces, de manera que la lectura superficial de sus escritos ha creado el estereotipo de una “diplomacia a la italiana” (Garrett 1955).

Cabe subrayar, al mismo tiempo, que el desarrollo del lenguaje de la burocracia internacional se caracteriza también por otra línea de pensamiento diplomático, en la que las relaciones entre poder, ciudadanos, e instancias diplomáticas de mediación se configura de manera distinta. Hugo Grotius¹² nel *De Jure Belli ac Pacis Libri Tres*, de 1625, introduce la idea que los estados puedan ceder voluntariamente su soberanía a un orden internacional, pero expresa su contrariedad hacia el desarrollo de una diplomacia profesional: el discurso de las relaciones internacionales es parte del discurso político internacional, así que sería una hipocresía separar el primero como si fuera un elemento autónomo. Sin embargo, Grotius es también el primer autor a enfatizar la necesidad de una inmunidad del cuerpo diplomático que lo sustraía a las presiones del poder.

Estas dos tendencias, la inaugurada por Machiavelli y la ideada por Grotius, atraviesan toda la historia de la diplomacia internacional, que se puede leer por lo tanto como Saussure sugería de leer semióticamente la historia, o sea como una diacronía retrospectiva, como una serie de secciones ortogonales que muestren como el lenguaje y el sentido se modifiquen al evolucionar de las semiósferas en que circulan.

Por un lado, Armand Jean du Plessis, cardinal de Richelieu¹³, se expresa, contrariamente a Grotius, en favor de una “diplomacia permanente”, de una especie de burocracia internacional cuya única función sea de representar, como lo indicaba Machiavelli, la potencia del soberano fuera de los confines nacionales. Por otro lado, Abraham de Wicquefort¹⁴, embajador holandés encarcelado por Giulio Mazarino¹⁵, expulsado expeditamente de Francia, luego otra vez encarcelado y justiciado en su nativa Holanda, pagó con la vida la postura diplomática que recomendaba en *L'ambassadeur et ses fonctions*, de 1682, uno de los primeros manuales para jóvenes diplomáticos: el embajador tiene que ser un “espión honorable”, ya que es preferible que un estado tolere estos huéspedes incómodos en lugar de permanecer en la obscuridad del aislamiento internacional.

A partir del siglo dieciocho se difunde esta idea que la agentividad de los soberanos a nivel internacional no sea ilimitada, y necesite por lo tanto de una clase de individuos cuya profesionalidad consiste en hallar mediaciones posibles entre opuestos deseos e intenciones de acción. Es el principio formulado por François de Callières¹⁶ en *De la Manière de négocier avec les souverains*, de 1716.

El siglo veinte se caracteriza por la afirmación de los manuales de diplomacia en inglés, los cuales se distinguen por la creación de un lenguaje burocrático internacional nuevo, donde por un lado se subraya la necesidad que los diplomáticos ejercen una acción civilizadora además de política, y por otro lado se confirma lo que Federico el Grande decía de los diplomáticos, que los que actúan sin el soporte de una potencia militar son como músicos que suenan sin instrumentos. *A Guide to Diplomatic Practice*, publicado en 1932 por Ernest Satow¹⁷, nacido de familia sueca y alemana y educado en Londres, lingüista excelente y iniciador de los estudios japoneses modernos, perora esta visión de la diplomacia, que se encuentra ulteriormente articulada en la trilogía de

¹² Delft, 10 abril 1583 - Rostock, 28 agosto 1645.

¹³ Paris, 9 septiembre 1585 - 4 diciembre 1642.

¹⁴ Amsterdam, 1598 – Celle, 1682.

¹⁵ Pescina (hoy en Italia), 14 julio 1602 – Vincennes, 9 marzo 1661.

¹⁶ Thorigny, 14 mayo 1645 – Paris, 4 marzo 1717.

¹⁷ Londres, 30 junio 1843 – Ottery St Mary, 26 agosto 1929.

Harold Nicolson¹⁸ *Diplomacy, The Congress of Vienna, The Evolution of Diplomatic Method*, publicada entre 1939 y 1954.

En los trabajos de Nicolson se afirma por primera vez el concepto de “*diplomacy by conference*” [diplomacia por conferencia], o sea la idea que los trabajos de la burocracia internacional no tengan que ser secretos sino accesibles para el público y sobre todo para los especialistas de la comunicación. Se introduce entonces por primera vez la sugerencia que la acción diplomática internacional necesite de un fórum de comunicación abierto, donde los ciudadanos puedan averiguar personalmente o por medio de los periodistas la manera en la que se están recomponiendo las tensiones internacionales. Sin embargo, Nicolson mencionaba igualmente los peligros de una transparencia total: animosidades insignificantes entre diplomáticos de países diversos pueden hacerse gigantes y muy serias bajo el ojo de la representación de los medios de comunicación. Como en el principio de Heisenberg, así en la gestión burocrática del poder político la presencia de un actante observador, especialmente si éste se configura como público, transforma toda la percepción de la realidad.

Desde el punto de vista semiótico, este rápido recorrido a través de la historia del pensamiento diplomático persigue el objetivo de demostrar que las tensiones de cultura, sentido, y lenguaje provocadas por el fenómeno Wikileaks no son nuevas, sino caracterizan toda la historia de la burocracia internacional en una dialéctica en la que por un lado esta instancia de mediación es interpretada idealmente, como arena civilizadora donde se resuelven pacíficamente los conflictos internacionales de agentividad, y por otro lado pragmáticamente, como instrumento que reproduce las jerarquías del poder internacional en una forma simulacral y a menudo hipócrita.

Las dos tendencias confluyen en la figura de Henry Kissinger¹⁹, quizás el diplomático más conocido y controvertido de la historia contemporánea. Si se leen sus escritos, por ejemplo el best-seller internacional *Diplomacy*, publicado en 1994, se tendría que constatar que el Kissinger teórico es un heredero de la diplomacia de Grotius, de Satow y de Nicolson, promotor de una idea moral y de una acción civilizadora de la diplomacia. Sin embargo, si se analiza el Kissinger hombre de poder y de acción, no se puede negar que su interpretación de las relaciones internacionales marca un paso atrás hacia una concepción del embajador como funcionario al servicio de los intereses del poder.

7. El mito de la transparencia.

Es exactamente contra esta idea de burocracia internacional que reaccionan fenómenos como Wikileaks. Frente a una gestión maquiavélica de las relaciones internacionales, la red propone una nueva arena en la que se concreticen al revés los principios de una diplomacia ideal, donde las relaciones de poder, las tensiones, los conflictos, y sus posibles resoluciones no sean objeto de un lenguaje secreto y esotérico controlado por instancias imperscrutables del poder internacional, sino asunto de debate público, ocasión de manifestación de todas las micro-agentividades que se mueven en la semiósfera global.

Lo que se expresa con Wikileaks a nivel internacional, o sea el deseo y la tentativa de crear, gracias a la nueva tecnología comunicativa de internet, un fórum global donde la recomposición de los conflictos permanezca objeto de observación y por lo tanto de control colectivo en vez de volverse rincón escondido de pragmatismo diplomático, se manifiesta también a nivel nacional y local. El principio es el mismo, y es un principio que, como se ha sugerido antes, recuerda la cesura histórica y cultural de la Reforma protestante: ¿si todos pueden poseer una Biblia, y leerla en su propia lengua, por qué la interpretación de este libro sagrado tiene que ser privilegio de una casta de burócratas sacerdotales? De la misma manera: ¿si todos pueden tener acceso a cualquier tipo de escritura o documento de la acción política, por qué la interpretación de estas huellas del poder, y las acciones consiguientes, tienen que ser monopolio de una casta de sacerdotes de la política y de la burocracia administrativa? ¿Por qué mantener toda una serie de niveles jerárquicos de instancias decisionales, cada una caracterizada por un nivel creciente de esoterismo técnico y, por lo tanto, por un nivel decreciente de transparencia?

¹⁸ Teheran, 21 noviembre 1886 – Kent, 1 mayo 1968.

¹⁹ Fürth, 27 mayo 1923.

El programa político de movimientos como los “Cinco Estrellas” en Italia o los “Piratas” en Alemania se propone eliminar la burocracia política nacional del mismo modo en el que Wikileaks implícitamente o explícitamente afirma la necesidad de dismantelar la burocracia diplomática internacional. En el discurso del Movimiento Cinco Estrellas, uno de los fenómenos más interesantes y controvertidos de la escena política italiana y europea contemporánea, la transparencia es el ayudante mágico que le permite a la colectividad mantener el poder en todos los aspectos de la vida social. Conocer hasta los detalles de lo que hacen, compran, comen los representantes políticos, predica este Movimiento, les garantizará a los ciudadanos un control constante e inderogable sobre la *res publica*. Figura y al mismo tiempo instrumento de este actante es Internet, cristal prodigioso donde nadie y nada se puede esconder y todo, al revés, debe manifestarse para la observación y el escrutinio de los demás.

La exaltación de la transparencia digital como garantía máxima de la vida en común no es una exclusividad del Movimiento Cinco Estrellas. Como se ha sugerido antes, Wikileaks, y la misma Wikipedia, estriban en el principio que solo una transparencia absoluta de la maquina del estado (en el primer caso), del de la cultura (en el secundo) puede asegurarles a los ciudadanos y a los investigadores una relación no jerárquica y, por lo tanto, no disfuncional con el poder. Internet sería, otra vez, el lugar ideal de esta transparencia. Al mismo tiempo, el imperativo de la transparencia digital se difunde incluso en las administraciones publicas, por ejemplo en Italia, donde se les pide a empleados de todo rango de depositar en la red una huella digital leible y verificable de todas sus acciones, incluso las más insignificantes.

Sin embargo, la semiótica nos enseña que la transparencia no es un dado objetivo de la visión y del conocimiento, sino una modalidad de lo que la semiótica greimasiana define “el actante observador” (Fontanille 2001). Pues bien, si este actante transparente no se configura en actores concretos, y permanece como evocación de una instancia abstracta de la visión, el discurso de la transparencia puede dar lugar, demagógicamente, a una especie de voyerismo generalizado, donde la ausencia de todo obstáculo o filtro de las miradas se transforma al revés en una retorica para establecer nuevas e incluso más subrepticias relaciones de explotación. La transparencia supuestamente absoluta da lugar a una sospecha sistemática, hasta la parálisis de la comunidad y la dictadura de los que gestionan los mecanismos de la burocracia digital.

Un ejemplo muy cercano a los que se ocupan de universidad servirá a aclarar en que consista el peligro de vivir bajo el mito de la transparencia. Desde hace algunos años, a los investigadores y profesores de muchos países se les pide de dejar unas huellas digitales más y más explicitas de sus actividades: cada nueva publicación tiene que ser almacenada inmediatamente en el catálogo de “productos de la investigación” de la Universidad y del Ministerio; todo gasto económico tiene que ser visible en permanencia en el sitio web de la administración; toda actividad didáctica tiene que ser evaluada públicamente por los destinatarios, o sea los estudiantes, a fin que la memoria digital de esta evaluación sirva de memento a las generaciones futuras. Todos éstos son procesos y procedimientos que, posibles gracias a las nuevas tecnologías digitales de creación y comunicación de archivos, se suponen incrementen el nivel de democracia en la gestión de la institución académica, con sus inevitables tensiones por lo que concierne la distribución de poder económico y simbólico.

Sin embargo, la impresión general es que esta actividad imponente de constitución de archivos digitales no tenga ninguna relación con la efectiva distribución de poder en la institución académica. Los investigadores y los profesores se ilusionan que depositando estas huellas en el internet lograrán los recursos que su trabajo merece; los estudiantes que sus juicios tendrán un impacto sobre las decisiones de los estudiantes futuros y, entonces, sobre la organización de la didáctica; los ciudadanos que la exposición de los gastos académicos en internet los racionalizará y reducirá. La verdad es que esta máquina de la transparencia exhaustiva, cuya institución y mantenimiento requieren una inversión consistente en términos de tiempo y energía de profesores, investigadores, estudiantes y burócratas, de momento no ejerce ninguna agentividad propia. Hasta cuando no se modifique la estructura política de las instancias del poder y de los centros de decisión, la transparencia funciona, al revés, como un simulacro de democracia.

Los sujetos siguen depositando sus huellas en la creencia que esto garantizará la expresión de sus deseos de poder, pero sin un cambio en la estructura del poder la retórica de la transparencia se vuelve instrumento de poder. No es suficiente construir un catalogo completo de las publicaciones

de los investigadores de una Universidad o de un país para distribuirles recursos y oportunidades según el mérito: hay que tomar decisiones sobre los criterios de evaluación, sobre la relación entre cantidad y calidad de las publicaciones; sobre todo, hay que ponerse de acuerdo sobre quién pueda establecer estos criterios, y quién pueda cambiarlos. Más importante aún, hace falta que estos procesos de burocracia digital de evaluación académica no sean un procedimiento mecánico. Es indispensable que una evaluación académica no se limite a contar (el número de publicaciones, el *impact factor*, etc.), sino a leer. En fin, esta compleja maquina de la transparencia es inútil si, al final, no hay recursos por atribuir. Es el caso del sistema académico de muchos países europeos, donde los nuevos mecanismos de transparencia burocrática digital parecen más y más un pasatiempo a fin que los interesados se concentren en la gestión de este complicado caleidoscopio y no se den cuenta que, mientras que pelean sobre los criterios de evaluación del mérito, el gobierno está disminuyendo drásticamente los recursos para la investigación. Es como una fiesta en la que, para distraer los invitados del hecho que no hay postre para todos, se les pide de dividir lo que hay no con un cuchillo sino con un laser. Mientras que los invitados aprenden a utilizar este laser, peleando entre si, nadie se da cuenta que, aunque cortando con laser en vez que con cuchillo, no habrá postre para todos. Así funciona la burocracia digital de la transparencia cuando se vuelva retórica, simulacro democrático, populismo telemático.

Al revés, para lograr una sociedad más justa, tanto en la distribución del poder a nivel local como en su gestión a nivel internacional, no será suficiente transformar la burocracia en un castillo digital transparente, y la diplomacia en un palacio de cristal. Habrá que averiguar, incluso a través de los instrumentos analíticos de la semiótica, la manera en la que la distribución óptica de informaciones se vuelve concretamente distribución pragmática de poder. La transparencia de la burocracia es un primer paso hacia la justicia social, pero desafortunadamente no es el último. Ver como actúa el poder a través de un cristal transparente es importante. Pero más importante aún es romper ese cristal.

Referencias bibliográficas.

- Albrow, M. (1970) *Bureaucracy*. Londres, Macmillan.
- Armoni, C.A. (2012) *Studien zur Verwaltung des Ptolemäischen Ägypten: das Amt des Basilikos Grammateus*. Paderborn, Verlag Ferdinand Schöningh.
- Baladiez, E. (1960) *Diplomacia y diplomáticos*. Madrid, s.n.
- Benjamin, W. (1971) *Iluminaciones*, prólogo, traducción y notas de Jesús Aguirre, Madrid, Taurus.
- Chéchev, A.P. (1962) *Sobranie soc'inenij*. Mosca, vol. VII.
- Daudet, C. (1928) *Répertoire des personnages de « A la recherche du temps perdu »*. Paris, Gallimard.
- Eco, U. (2008) *Decir casi lo mismo: experiencias de traducción*, trad. Helena Lozano Miralles. Barcelona, Lumen.
- Fontanille, J. (2001) *Semiótica del discurso*, trad. Óscar Quezada Machiavello. Lima, Universidad de Lima, Fondo de Desarrollo Editorial; Fondo de Cultura Económica.
- Garrett, M. (1955) *Renaissance Diplomacy*. Oxford, Cape.
- Greimas, A.J. y J. Courtés (1982) *Semiótica: diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, trad. Enrique Ballón Aguirre y Hermis Campodónico Carrión. Madrid, Gredos.
- Hull, M.S. (2012) *Government of Paper : the Materiality of Bureaucracy in Urban Pakistan*. Berkeley, University of California Press.
- Kapnist, V.V. (1960) *Sobranie soc'inenij*. Mosca y Leningrado, vol. I.
- Leone, Massimo (2003) "Un terreno quasi comune: Ambasciatori allo specchio della letteratura e della teoria politica", online. En *Golem indispensabile*; disponible en el sitio web http://www.golemindispensabile.it/index.php?_idnodo=7365&_idfrm=61 [último acceso el 1 octubre de 2013]
- _____. (2010) *Saints and Signs: a Semiotic Reading of Conversion in Early Modern Catholicism*. Berlín y New York, Walter de Gruyter.
- _____. (2012) "Introibo ad altarem Dei. Las rutinas como rituales de la vida cotidiana". En R. De Rugeris y E. Amodio (ed.) (2012) *Semióticas de la vida cotidiana* [Colección de Semiótica Latinoamericana n. 9]. Maracaibo, Venezuela, Universidad del Zulia. 63-82.

- _____. (2013) *Annunciazioni. Percorsi di semiotica della religione*. Roma, Aracne.
- Li, Feng (2008) *Bureaucracy and the State in Early China: Governing the Western Zhou*. Cambridge y New York, Cambridge University Press.
- Lotman, Jurij M. (1960) “P.A. Vjazemskij i dviz'enie dekabristov”, en *Uč'ěnye zapiski Tartuskogo gosudarstvennogo universiteta*, fasc. 98.
- _____. (1996-2000) *La semiósfera*, 3 vols; ed. y trad. Desiderio Navarro. Madrid, Cátedra; Valencia, Universitat de València.
- _____. 2006. “Il decabrista nella vita. Il gesto, l'azione, il comportamento come testo”, en J.M. Lotman (2006) *Tesi per una semiotica delle culture*, ed. Franciscu Sedda. Roma: Meltemi. 185-260.
- Lozano, J. (2013) “Wikileaks bajo la lupa de la semiótica”, en *Revista de cultura* (Clarín), 4 junio 2013; disponible en el sitio http://www.revistaenclarin.com/ideas/Wikileaks-lupa-semiotica_0_929907021.html [último acceso el 1 de octubre 2013]
- Moreno García, J.C., dir. (2013) *Ancient Egyptian Administration*. Leiden y Boston, Brill.
- Pardo Abril, N.G. (2007) *Discurso, impunidad y prensa*. Bogotá, Colombia, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas.
- Weber, Max (1925) *Wirtschaft und Gesellschaft*, 2da edición aumentada, 2 vols. Tübingen, J. C. B. Mohr (P. Siebeck).
- Yelle, R. (2013) *Semiotics of Religion: Signs of the Sacred in History*. Londres y New York, Bloomsbury Academic.

Nota biográfica.

Massimo Leone es catedrático de semiótica y semiótica de la cultura en la Universidad de Turín, Italia. Ha sido profesor visitante en las Universidades de Berkeley, Sorbonne, Ecole Normale Supérieure, Toronto, Melbourne, Kyoto, CNRS, CSIC. Ha publicado seis monografías, dirigido veinte volúmenes, y publicado más de trescientos artículos académicos sobre semiótica. Anima la revista internacional *Lexia*.